
ALFAGUARA INFANTIL
¡Ay, cuánto me quiero!
Mauricio Paredes
Ilustraciones de Verónica Laymuns

¡Ay, cuánto me quiero!

Mauricio Paredes
Ilustraciones de Verónica Laymuns

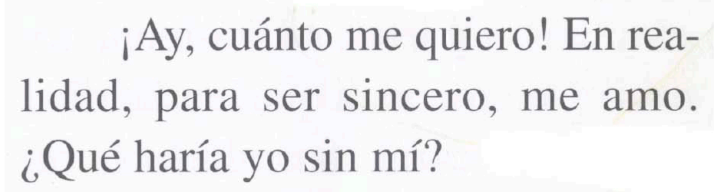


ALFAGUARA
INFANTIL



Yo





¡Ay, cuánto me quiero! En realidad, para ser sincero, me amo. ¿Qué haría yo sin mí?

¡Qué suerte la mía, conocerme de toda la vida! Desde el día en que nací he estado conmigo. Prometo nunca dejarme solo. Me acompañaré siempre, donde sea que vaya.

Antes de que yo naciera, mi mamá me tuvo dentro de ella durante nueve meses. ¡Qué señora tan suertuda! Fue la primera en conocerme. Desde entonces le he dado permiso para ser mi mamá día y noche.

Ella y mi papá me quieren mucho. Les encuentro toda la razón, ya que soy adorable. Son personas muy inteligentes.

Mi papá lo pasa bien trabajando para comprar mi comida, mi ropa y mis juguetes. Si no fuera por mí, no tendría para qué ir a la oficina y se quedaría aburrido en la casa. Por eso me preocupo de comer toda mi comida aunque no me guste tanto, de ponerme mucha ropa aunque me dé calor y de jugar con todos mis juguetes al mismo tiempo. ¡Qué buen hijo soy! Reconozco que los consiento demasiado, pero no puedo evitarlo, soy tan tierno.

El colegio me encanta. Yo sé que existen varios, pero no puedo estar yendo cada día a un colegio

diferente. Me da pena, me da mucha pena por todos los niños del mundo que se quedan sin conocerme, pero yo sólo puedo ir al mío.

Mi profesora es entretenida y simpática y siempre me pone buenas notas. Ella también fue niña, pero ¡hace mucho tiempo! Me imagino cuántas cosas estudió en el colegio y después más en la universidad. Y todo para enseñarme a mí. ¡Qué orgullosa debe estar!

Después de clases y los fines de semana, juego en mi pieza o en mi jardín. Me subo a mi árbol y me siento sobre una de mis ramas. Es verdad que las ramas le salieron al árbol, pero son mías igual, porque están en mi jardín. O sea, en el jardín de mi casa... bueno, la casa es



de mis papás, pero como yo soy de ellos, entonces también la casa es mía... y el jardín y también el árbol y por supuesto la rama. Lógico.

Sentado en mi rama ensayo mis discursos de agradecimiento, para cuando me entreguen todos mis premios, mis diplomas, mis

trofeos y mis medallas. «Gracias, gracias», digo. «Me doy gracias a mí mismo por mi apoyo. Todo me lo debo a mis propios méritos».

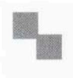
Otra de mis actividades es llamarme por teléfono, pero siempre suena ocupado. Seguramente es porque estoy haciendo cosas muy importantes, como por ejemplo, llamarme por teléfono.

Además, me escribo cartas con mucho cariño, y las escondo debajo de mi almohada. Pero siempre las descubro rápidamente. Ayer me escribí una carta sin ponerle mi firma. Soy tan astuto que reconocí mi letra y supe que era yo el que la había escrito, así que me contesté. No sé si alguien más en el universo será capaz de responder cartas anónimas.

Cada noche, cuando me acuesto, rezo y le doy gracias a Dios por haberme hecho a mí junto conmigo. ¡Qué sabio es Él! Con razón es Dios. Hace todo bien.

Mientras duermo, me echo mucho de menos, pero ¡ay, qué alivio despertar en la mañana y volver a encontrarme!

Amigo imaginario versus monstruos de la noche





Hoy en la mañana me dediqué a dibujar en mi jardín. Hice un retrato de mí mismo. Lo pinté con todos mis lápices de colores. Me quedó tan lindo, que tuve que felicitarme y me di un abrazo.

Estaba haciéndome cariño cuando vi que una niña me miraba desde el jardín de al lado. Se había asomado por sobre la muralla. Me dijo:

—Yo también tengo un amigo imaginario.

Le contesté:

—¿Qué es un amigo imaginario?



Entonces esa niña me dijo:

—Al que estás abrazando.

Yo le expliqué:

—No estoy abrazando a ningún amigo imaginario. Me estoy felicitando a mí por lo fantástico que me quedó mi autorretrato.

—¿Y no tienes un amigo imaginario? —me preguntó.

—No —le dije yo a esa niña—. ¿Para qué sirve?

—Para tener compañía.

—¡Ah! —dije yo—. Entonces no lo necesito, porque me tengo a mí.

Ella se quedó callada mirándome. Después dijo:

—También sirve para defenderse de los monstruos de la noche.

—¿Cuáles monstruos de la noche? —le pregunté a esa niña.

—Los que aparecen cuando oscurece. A mi pieza van muy seguido y yo les tengo miedo. Despierto con susto y mi amigo imaginario me defiende.

Me dio pena que ella tuviese que compartir su pieza con los

monstruos y más encima con el famoso amigo imaginario. ¡Cuánto trabajo! Yo no tendría espacio para tanta gente en mi dormitorio; en mi cama quepo yo solo, mis muebles ya están llenos con mi ropa y mis estanterías apenas alcanzan para mis propios juguetes.

Hay otro detalle muy importante: yo duermo conmigo, en cambio esa niña no. Quizás por eso tiene miedo. Me pareció muy valiente que alguien se atreva a estar sin mí. Probablemente los monstruos de la noche y el amigo imaginario también se sentían solos y tenían terror y horror. Le dije:

—Son muy valientes.

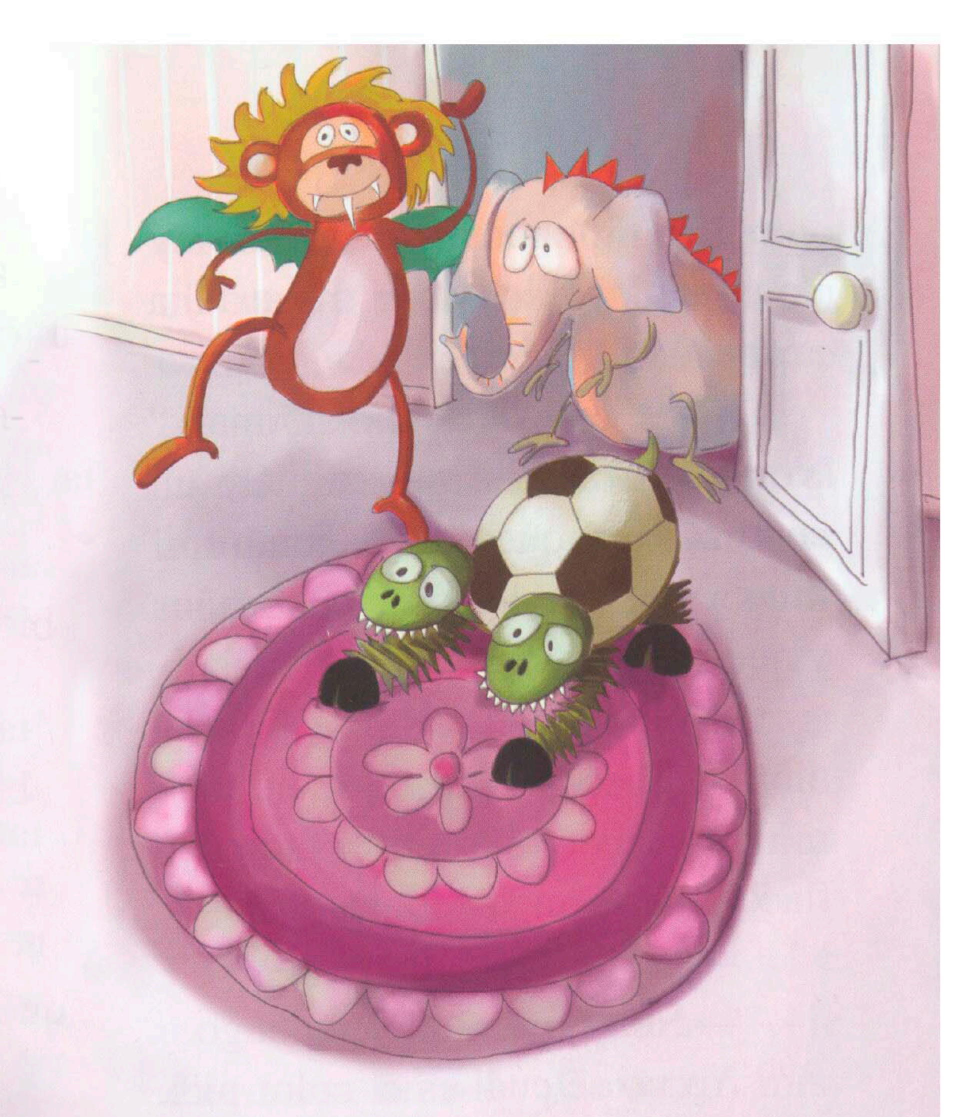
—¿Por qué? —me preguntó esa niña.

—Por pasar la noche solos, los monstruos, tu amigo imaginario y tú.

Parece que esa niña no me entendió, porque puso una cara extraña. Como soy muy educado, decidí cambiar la conversación:

—¿Y cómo es tu amigo imaginario? —le pregunté.





—Es muy fuerte, audaz y además es cariñoso conmigo.

—¿Pero cómo es por fuera? ¿Alto, bajo, gordo, flaco, viejo, joven?

—Es normal.

Esa niña es una niña de muy pocas palabras; ya se me estaba acabando la paciencia.

—¿Y qué significa «normal»? Normal podría ser que midiera un centímetro y que pesara como mil kilos y que tuviese doscientos años y que fuera verde.

—No es verde —reclamó esa niña—. Es más o menos de mi mismo porte, no es gordo ni tampoco flaco y tiene mi edad.

—¿Y de qué color es?

—No sé, color piel supongo.

Yo no sé cuál es el color piel, porque depende de qué color uno tenga la piel. También la piel cambia de color si es verano y uno se pone al sol y se pone tostado o si es invierno y entonces es más blanca.

Por otro lado, cuando yo me enojo mi cara se pone colorada y cuando estoy mucho rato en la piscina me pongo medio azul.

Me pareció aburrido que el amigo imaginario de esa niña fuese tan común y corriente, por eso le dije:

—Ahora me tengo que ir.

—¿Por qué tan pronto?

—Porque tengo una reunión —le contesté.

—¿Con quién?

—¿Cómo «con quién»? —le dije a esa niña—. ¡Conmigo mismo! ¿Con quién más podría ser?

Si te lo propones, practicas y te esfuerzas



Durante el almuerzo pensé en lo que esa niña me había dicho acerca de los monstruos de la noche y de su amigo imaginario.

Decidí inventarme un amigo imaginario para probar. Éste sería *mi* amigo imaginario. Si me resultaba entretenido, quizás también me inventaría unos cuantos monstruos de la noche. *Mis* monstruos.

Mi amigo imaginario debía ser mucho más original que el de esa niña, por eso se me ocurrió la siguiente receta:

Amigo imaginario mío.

Cómo es: mide dos metros de alto, es morado con el pelo amarillo, tiene bigote, es flaco y se puede enrollar para guardarlo.

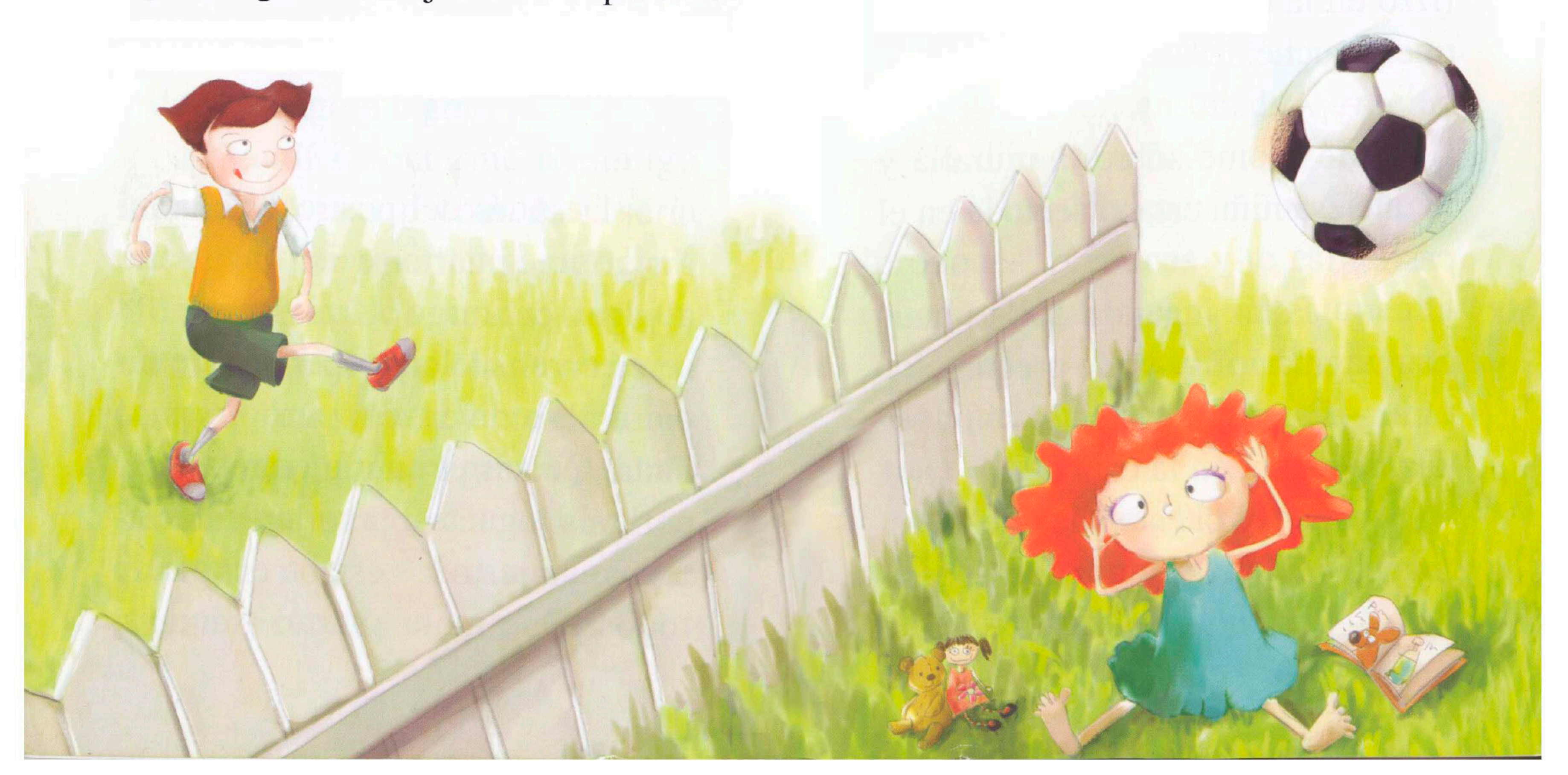
Edad: tiene cien años, pero se ve joven, pero mayor que el amigo imaginario de esa niña.

Después del postre llevé a mi amigo imaginario recién inventado a jugar conmigo a mi pieza. Me senté en el suelo y esperé a que hiciera algo divertido, pero no pasó nada. Quizás él quería entretenerse con mis juguetes, pero lamentablemente yo justo los estaba ocupando todos. Qué mala suerte. Además,

aunque no los estuviera usando en ese momento, no se los podría prestar porque me los regalaron a mí y entonces son míos. No quiero ser un niño malagradecido.

Cuando me aburrí de jugar dentro de mi casa, saqué a mi amigo imaginario al jardín. Lo puse al

arco y le tiré un penal. Yo le pegué un chute a la pelota y metí un golazo. Después pateé varios penales más y todos fueron goles. Parece que mi amigo imaginario no es muy buen arquero, porque no atajó ni una sola vez la pelota. ¡No! ¡Ya



sé! Él es excelente al arco, lo que pasa es que yo soy mejor delantero.

Yo estaba tan emocionado que cuando la pateé de nuevo, en vez de ser gol, salió disparada por arriba de la muralla y cayó en el jardín de al lado. Seguramente la pelota aterrizó en la cabeza de esa niña, porque escuché:

—¡Ay!

Me asomé sobre la muralla y vi que esa niña estaba sentada en el pasto.

—¿Estás jugando con tu amigo imaginario? —yo le pregunté.

—Estaba, pero me cayó tu pelota de fútbol en la cabeza.

—Eso es bueno —le dije—, así te ayudo a practicar los cabezazos.

—Pero no vi cuando la pelota

venía —dijo, con una mano en la frente.

—¡Mejor! Un buen jugador está siempre preparado.

—Pero me dolió un poco.

—¡Mejor aún! Un deportista de verdad aguanta el dolor.

—¿En serio?

—¡Por supuesto!

—Bueno, entonces... gracias —me dijo esa niña.

—Escúchame, niña. Si te lo propones, practicas y te esfuerzas, puedes llegar a ser una estupenda delantera —le expliqué y pensé, «aunque nunca tan fabulosa como yo».

—Está bien. Si tú lo dices.

—Exactamente. Yo lo digo. Entendiste perfecto.

Esa niña podría aprender mucho de mí. Sería bueno para ella imitarme. Lo pasaría tanto mejor. De todas formas, mejor que jugando sola. O quizás estaba con su amigo imaginario como ella decía, pero en todo caso no se veía tan feliz como yo. Tal vez su amigo imaginario era tan aburrido como el mío.

—¿A qué cosas juegas con tu amigo imaginario? —le pregunté.

—A todo.

—¿Cómo «a todo»?

—Jugamos a la pastelería, en donde hacemos tortas con tierra del jardín. También jugamos a la tienda de ropa usada.

—¿Usada por quién?

—Usada por mí.

—¿Y no juegas con otros niños?

—No.

—¿Cómo «no»? ¿Qué, no tienes amigos verdaderos?

—No muchos.

—¿Cuántos?

—Ninguno.

—¿Ninguno? Eso es muy poco.

Me quedé pensando. Esa niña debe sentirse muy sola, a pesar de que su mamá la quiere y su papá también.

—¿Sabes? —le dije—. Te regalo a mi amigo imaginario.

—¿Qué? —me dijo, de nuevo con cara de sorpresa.

—Sí, te regalo a mi amigo imaginario. Tiene muy poco uso. Lo inventé a la hora de almuerzo.

—Muchas gracias.

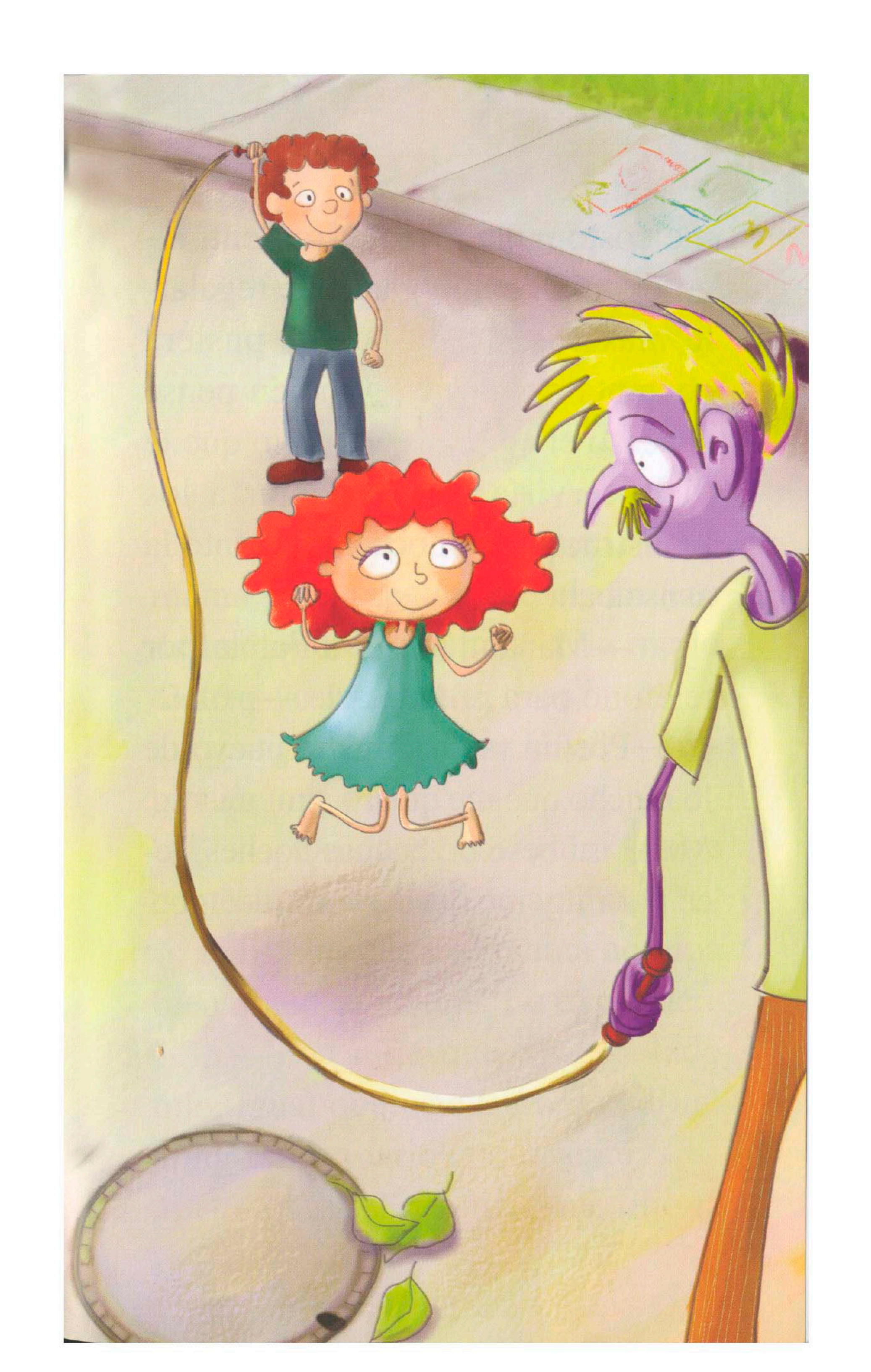
—De nada. Espero que te sirva.

Qué generoso estoy últimamente. Esa niña se veía más contenta ahora. Regalarle mi amigo imaginario fue un magnífico negocio, porque ya me tenía cansado. Por si fuera poco, se me ocurrió una idea fenomenal:

—Ahora pueden jugar los tres. Por ejemplo: a saltar la cuerda. Tu amigo imaginario sujeta una punta de la cuerda, mi amigo imaginario que te regalé sostiene la otra punta y tú saltas.

—¡Qué entretenido! ¡Gracias! —me dijo esa niña sonriendo.

Esa noche, después de comida, pensé en lo feliz que se había puesto esa niña cuando le regalé a mi amigo imaginario y eso que no



me costó nada inventarlo. Sentí algo extraño, como ganas de regalarle más cosas para que se pusiera contenta de nuevo. También pensé si acaso el amigo imaginario que le di le serviría para espantar a los monstruos de la noche, que tanto la asustaban.

—Mañana la voy a llamar por teléfono para preguntarle —pensé.

Por fin me acordé de nuevo de lo mucho que me quiero a mí mismo. Me di mi beso de buenas noches, recé por mí y me quedé dormido.



Muy temprano desperté a mi mamá para preguntarle el número de teléfono de esa niña. Ella me lo dictó y yo lo marqué.

—¿Aló? ¿Está esa niña? —pregunté.

—¿Quién es esa niña? —me contestó la mamá de esa niña.

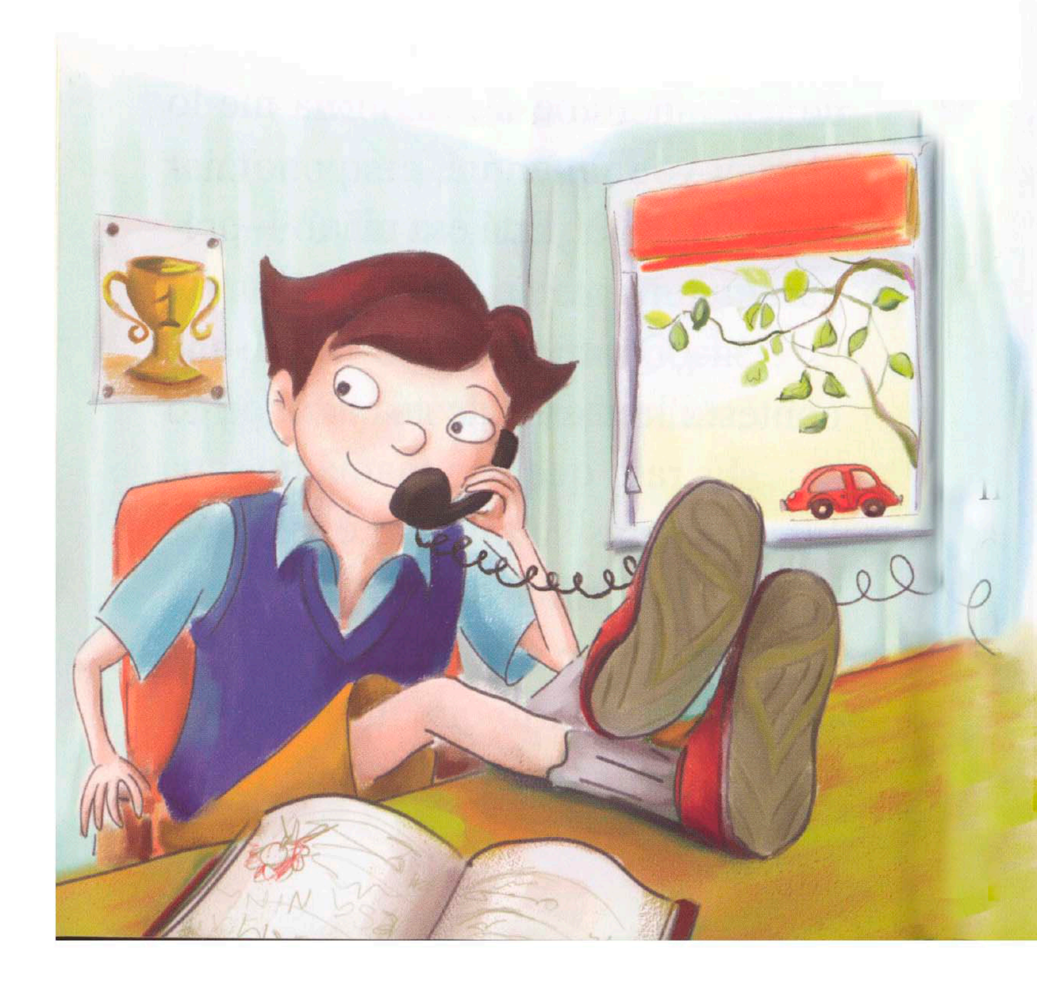
Es raro que una mamá no sepa bien quién es su hija. Le expliqué:

—Esa niña que vive al lado mío, igual que usted. Ayer le di mi amigo imaginario que inventé.

—¡Ah! ¡Eres tú! —me dijo la

mamá de esa niña—. Hola, lindo. La llamo enseguida.

—No, no —le dije yo—. Este no es un asunto que se pueda conversar por teléfono. Dígale a esa niña que vaya a su pieza porque yo



me voy a subir a mi árbol. Ahí hablaré con ella —y colgué.

La mamá de esa niña debe ser una mujer muy inteligente, porque supo lo lindo que soy sin siquiera verme.

Bajé la escalera de mi casa, salí a mi jardín, subí a mi árbol y me senté en mi rama, frente a la ventana de esa niña.

—¿Te defendió de los monstruos de la noche mi amigo imaginario? —le pregunté.

—El amigo imaginario que me regalaste se fue de viaje junto con el mío.

—¡Qué! —grité yo—. ¿Se fueron los dos?

—Sí —me dijo esa niña—, se hicieron amigos y decidieron irse en un avión.



Yo me tuve que afirmar del tronco de mi árbol para no caerme. Pensé un poco y le dije:

—Tengo una idea. Yo te puedo inventar otros dos amigos imaginarios.

—Ya no los necesito —dijo tranquila.

—¿Y ahora quién te protegerá de los monstruos de la noche? —pregunté asombrado.

—Yo misma. Ayer tú me dijiste que yo era valiente. Por eso me atreví a pasar la noche sola, es decir, sin mi amigo imaginario.

—Si quieres te puedo inventar un regimiento completo de amigos imaginarios. Todos los que necesites.

—Gracias —me contestó—, pero en verdad ya no necesito ami-

gos imaginarios que me cuiden. Tú me enseñaste que si me lo propongo, practico y me esfuerzo, puedo lograr muchas cosas. Y me propuse no tenerle miedo a los monstruos de la noche. Entonces me di cuenta que si yo los había inventado, yo misma los podía hacer desaparecer. De ahora en adelante, no habrá ningún monstruo que me asuste.

—También te puedo inventar monstruos de la noche si quieres —le dije—. Incluso monstruos que funcionen en la noche y en el día también.

—No, pero gracias por tus buenas intenciones.

Nos quedamos callados. Yo sentado en la rama de mi árbol y ella asomada por la ventana. Enton-

ces tuve una duda y se la pregunté:

—¿Y ahora con quién vas a jugar?

Ella sonrió y me dijo:

—Con quien he estado jugando todo este tiempo desde ayer.

—¿Quién es ése? —le pregunté.

—¡Tú, por supuesto! —respondió—. Tú eres mi amigo.

—Pero yo no soy imaginario —le expliqué.

—¡Por supuesto que no eres imaginario! ¡Eres real! ¡Mi amigo real!

Esa niña es igual de inteligente que su mamá, porque supo que yo soy de la realeza, que soy un rey.

De nuevo pensé otro rato más y le dije:

—Hay un problema, porque yo ya soy amigo mío.

—Eso está bien —me dijo esa niña—. Puedes ser amigo tuyo y también ser amigo mío.

—¿En verdad? —le pregunté, porque no se me había ocurrido esa posibilidad.

—¡Claro! —dijo—. Tú puedes ser mi amigo si quieres y yo puedo ser tu amiga.

—¿Y tú quieres ser mi amiga? —le pregunté nervioso.

—¡Sí, por favor! ¡Me encantaría! —me dijo muy contenta.

Yo también estaba contento. Estaba feliz y contento porque esa niña prefería estar conmigo que con su amigo imaginario, con el mío que le regalé y con los monstruos.

—Yo quiero ser tu amigo. ¿Puedo?

—Sí, puedes —me contestó.



Esa mañana nos divertimos juntos, esa niña y yo. Fuimos al jardín y jugamos fútbol con mi pelota. Primero yo me puse al arco para enseñarle a atajar y después ella fue la arquera y yo el delantero. Esa niña es buena jugadora. Atajó varios de mis tiros y me metió algunos goles.

Invité a esa niña a mi casa y le presté mis juguetes y mis lápices de colores. Ella dibujó un diploma y me lo dio como premio.

—«Para mi mejor amigo» —decía el diploma.

—¿Amigo real o imaginario? —le pregunté.

—De cualquier tipo —respondió.

Yo me paré y dije el discurso que había ensayado:

—Gracias, gracias. Le doy gracias a esa niña, o sea a ti, por este lindo diploma. Si tú no existieras, yo no podría ser tu mejor amigo. Gracias.

En la tarde escribimos cartas. Esa niña me escribió una carta a mí. Yo le escribí una a ella. Luego escribimos juntos una para nuestros amigos imaginarios que andaban de viaje. Anotamos sus nombres en el sobre:



Señores

Amigo imaginario de esa niña,

Amigo imaginario mío que le regalé a esa niña.

Como no sabíamos la dirección, pusimos:

Un avión volando alrededor del mundo.

Y escribimos la carta en una hoja de papel:

Queridos amigos imaginarios:

Ojalá que lo estén pasando tan bien como nosotros. No tenemos tiempo para contarles todas las cosas entretenidas que hemos hecho, porque nos



quedan muchos juegos
por jugar todavía.
Ustedes podrán imaginar,
¿verdad?
Un gran abrazo para
cada uno de ustedes, de parte de esa
niña y yo.

Después subimos y bajamos mi árbol varias veces. Nos reímos hasta que nos tiramos al pasto a descansar.

La mamá de esa niña nos invitó a tomar té. Hizo un queque especialmente para nosotros y nos dio jugo de frambuesa y pan con palta.

Más tarde se nos ocurrió hacer un álbum de fotos. No teníamos

máquina fotográfica, así que hicimos dibujos y los recortamos como fotos. Esa niña me dibujó pateando la pelota y metiendo un golazo. Yo la dibujé cabeceando la pelota y también metiendo un golazo.

En otra foto salíamos arriba del árbol. Cada uno en una rama.

—Saliste muy valiente en la foto —le dije.

Esa niña miró el dibujo y me preguntó:

—¿En verdad? ¿Tú crees?

—¡Estoy seguro! —dije sonriendo.

Tuvimos la genial idea de dibujar fotos de nuestros amigos imaginarios de viaje en algún lugar del mundo. Imaginamos que después de bajarse del avión fueron a

una playa con mucho sol y palmeras. Los dibujamos nadando y jugando con arena.

—Con estas fotos yo creo que está completo nuestro álbum —dije.

Esa niña se quedó pensando un momento, callada. Entonces me dijo:

—Falta alguien más que quiero poner.

—¿A quién?

—A los monstruos de la noche.

—¿En serio?

—Sí, como ya no les tengo miedo, ahora los encuentro divertidos. Ven a mirar para que los conozcas.



Yo me acerqué y vi cómo los dibujaba. Uno era como un elefante en miniatura, pero con patas de avestruz. Tenía espalda y cola de dragón y tiraba fuego por la trompa. Otro parecía mono, pero tenía melena de león y alas de murciélago. Además tenía colmillos de vampiro, uno grande al medio y dos chicos a los lados. Había otro monstruo que era igual a una tortuga, ¡pero con dos cabezas! Sus ojos eran saltones, sus dos narices enormes y se le asomaban los dientes

cuando tenía la boca cerrada. Su caparazón era de pelota de fútbol y sus patas como acordeones, o sea cortas y arrugadas, pero muy largas cuando las estiraba.

—Se ven muy espantosos. Te quedaron muy lindos —la felicité.

—Gracias —me dijo contenta.

—¿Estás segura que quieres ponerlos en el álbum? —le pregunté a esa niña.

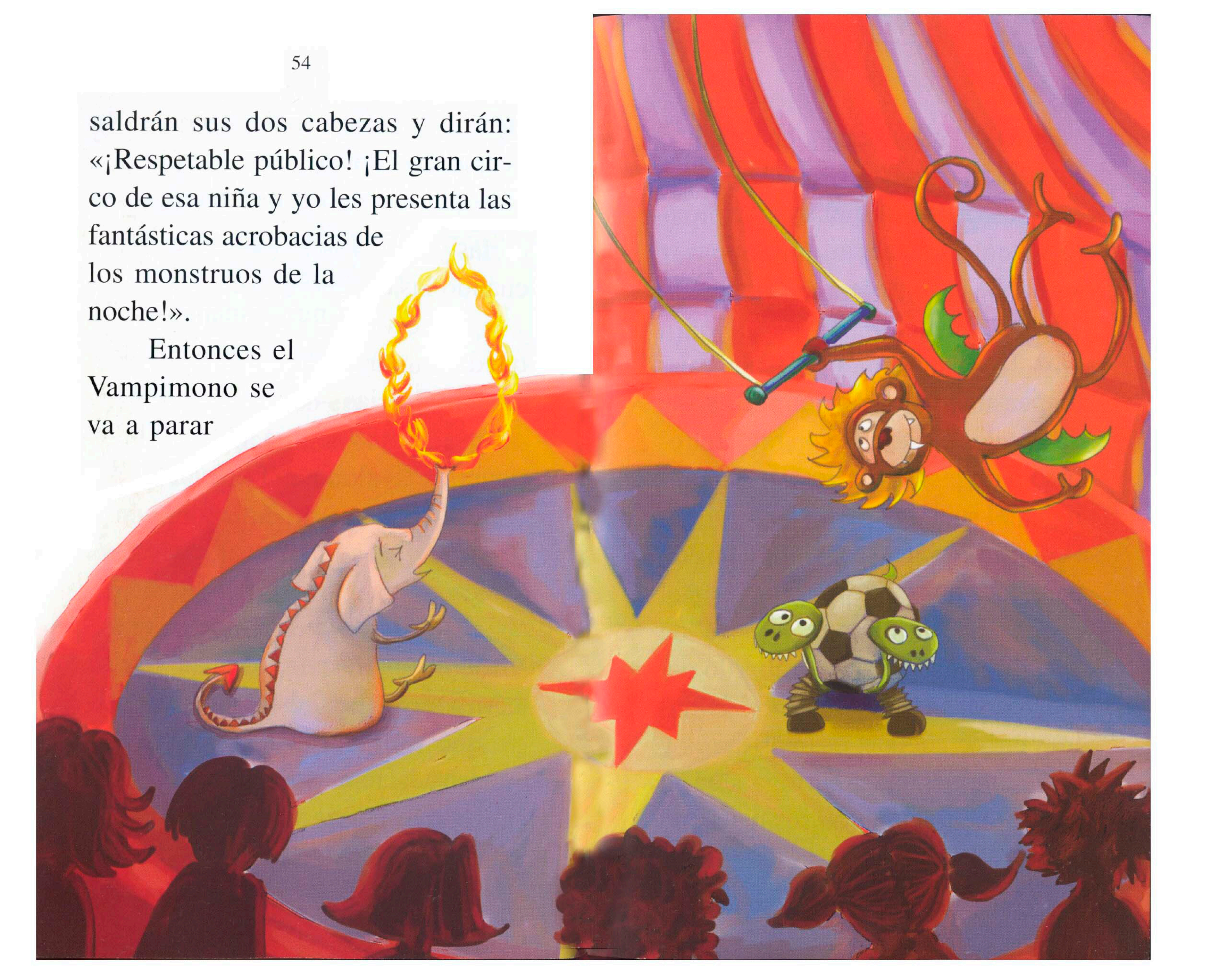
—Sí, segura. Ya no les tengo miedo.

Rápidamente esa niña se convirtió en una experta domadora de monstruos. Los está entrenando porque vamos a tener un circo de monstruos amaestrados.

La Acortuga va a entrar rodando hasta el centro de la pista. Ahí

saldrán sus dos cabezas y dirán: «¡Respetable público! ¡El gran circo de esa niña y yo les presenta las fantásticas acrobacias de los monstruos de la noche!».

Entonces el Vampimono se va a parar



encima del caparazón y la Acortuga estirará sus patas para subirlo al trapecio. Allí se columpiará y de pronto saltará hacia abajo. El Elefantruz soplará por su trompa formando un anillo de fuego.

Justo cuando la gente se asuste, pensando que el Vam-pimono se va a caer, él pasará volando entremedio de las llamas y aterrizará feliz en el suelo.

Tendremos leche condensada para los niños que vayan a ver el circo. El Vampimono servirá de abridor de latas con su colmillo del medio. Si alguien quiere, el Elefantruz puede cocinar algunos tarros y hacer manjar. La Acortuga será la repartidora, alargando sus patas para todos lados.

Para que sean unos monstruos expertos, esa niña les enseñó a darse vueltas de carnero, los hizo hacer una ronda y más tarde los puso a correr por el jardín. Después de todo ese ejercicio, deben haber quedado muy cansados. Nosotros también de tanto jugar.

—Buenas noches —me dijo.

—Buenas noches. Hasta mañana —le dije yo.

—Mañana podemos invitar más niñas y niños —dijo esa niña.

—¡Qué buena idea! —dije yo—. Yo les puedo enseñar a jugar fútbol y tú les puedes enseñar a domar a los monstruos, si es que tienen.

—¡Sí, qué entretenido! —me contestó—. A las niñas y niños los

ponemos en nuestro equipo y a sus monstruos los metemos al circo.

Entonces escuché que mi mamá me llamaba. Fui corriendo y cuando llegué a la puerta, paré. Me di cuenta que en todo este tiempo no se me había ocurrido preguntarle su nombre, a esa niña. Entonces le grité:

—¡Se me olvidó preguntarte cómo te llamas!



Ella estaba a punto de entrar a su propia casa. Por suerte alcanzó a oírme.

—¡Yo tampoco sé cómo te llamas tú! —me respondió.

—¡Bueno, pero dime tú primero!

—¡Mañana te cuento! ¡Buenas noches!

¿Qué es eso de «mañana te cuento»? Esa niña se estaba poniendo muy misteriosa. Yo le iba a decir mi nombre, pero justo ella sonrió, se despidió moviendo el brazo y entró a su propia casa. Me quedé pensando. Voy a tratar de adivinarlo y así le doy una sorpresa. Entonces mi mamá me tomó de la mano y me llevó adentro. Me hizo cariño en la frente y me dio un beso.

—¿Quieres algo para comer? —me preguntó.

—No, gracias, mamá. Quiero dormirme pronto para despertar temprano.

Subí saltando los escalones. Me acosté feliz, pensando en lo bien que lo habíamos pasado. Ya tenía ganas de ver a esa niña de nuevo. Así, cada vez que estemos juntos, vamos a ser mejores amigos. También pensé en cómo serían los nuevos amigos que tendríamos mañana.

«Esos serán amigos verdaderos. Tan verdaderos como esa niña y yo», pensé.

Después me quedé dormido.

Esa niña y yo somos amigos reales.

¡Ay, cuánto me sigo queriendo!



Índice

VERÓNICA LAYMUNS

Nació en Santiago de Chile en 1979. Es licenciada en Arte de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesora de educación media con mención en Artes Plásticas.
Actualmente se dedica a la pintura, a la ilustración y al diseño gráfico. Es la directora de Arte de www.habiaotravez.com, sitio de los cuentos para niños de Mauricio Paredes, su marido. Junto a él publicó en Alfaguara Infantil *El festín de Agustín* (2006). En Alfaguara Juvenil ilustró *Perverso* (2008).

www.laymuns.com

MAURICIO PAREDES

Nació en Santiago de Chile en 1972. Estudió en la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde se tituló de Ingeniero Civil Eléctrico. Ejerció su profesión hasta el año 2001, momento en que decidió seguir su vocación literaria. Además de escribir, se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Es profesor de la Universidad Finis Terrae, realiza encuentros con niños y charlas para especialistas. Ha colaborado con el Ministerio de Educación y ha sido presidente de la sección chilena de la Asociación Internacional del Libro Infantil (IBBY).
En Alfaguara Infantil ha publicado: *La cama mágica de Bartolo* (2002); *La familia Guácatela* (2005); *Verónica la niña biónica* (2005); *El diente desobediente de Rocío*, junto a Romina Carvajal (2005); *Los sueños mágicos de Bartolo* (2006) y *Cómo domesticar a tus papás* (2009); con Verónica Laymuns, *El festín de Agustín* (2006). En Alfaguara Juvenil ha publicado *Perverso* (2008).

www.habiaotravez.com
www.mauricioparedes.com

PRUEBA DE COMPRENSIÓN LECTORA
"¡AY, CUÁNTO ME QUIERO!"

1. El protagonista del libro se llama:
a. Juanito
b. Mauricio
c. No sale en el libro.

2. Se puede decir del niño que era:
a. Hijo único.
b. El tercero de 5 hijos.
c. Inválido.

3. El niño se quiere mucho, de estopodemos decir que:
a. Tiene mala autoestima.
b. Tiene buena autoestima.
c. Se siente el mejor.

4. El niño tenía ______ amigo:
a. Muchos
b. Pocos
c. Ningún

5. Un amigo imaginario es:
a. Tu vecina de la esquina.
b. Creado en tu mente para jugar y divertirte.
c. Un amigo que tiene muchasimágenes.

6. ¿Por qué cree la niña que él tiene un amigo imaginario?
a. Lo ve comiendo con él.
b. Lo ve conversando con él.
c. Lo ve abrazándose sólo.

7. Para qué sirven los amigos imaginarios:
a. Para tener compañía.
b. Para poder retarlos.
c. Para defenderse de los monstruos de la noche.

8. Para hacer su amigo imaginario creó un(a):
a. Cuento
b. Receta
c. Noticia

9. Al niños le gustaba jugar a:
a. Al trompo
b. La pelota
c. Las bolitas

10.¿Qué hicieron para divertirse los niños?
a. Jugaron a la pelota
b. Dibujaron y pintaron
c. Escribir cartas
d. Todas las anteriores

11. Los niños crearon un______ con los dibujos.
a. Un álbum
b. Un circo
c. Una revista

12. El libro se titula...
a. ¡Ay, cuánto te quiero!
b. ¡Ay, cuanto quiero!
c. ¡Ay, cuánto me quiero!

13. El niño se siente muy generoso...
a. Porque le regala su amigo imaginario a la niña.
b. Porque invita a la niña al cine.
c. Porque invita a comer a la niña.

14. Los amigos imaginarios del niño y de la niña...
a. Se quedaron viviendo con ellos.
b. Se fueron de viaje en avión.
c. Impedían que se acercaran los monstruos de la noche.

15. El niño enseña a la niña...
a. A resolver problemas complicados.
b. A parar la pelota jugando al fútbol.
c. A jugar con los amigos imaginarios.

16. Para confeccionar el álbum de fotos y como no tenían máquina fotográfica...
a. Los niños hacían dibujos y los recortaban como si fueran fotos.
b. Los niños utilizaban fotos de revistas y periódicos.
c. Los niños pedían a sus vecinos fotos antiguas.

17. La Acortuga era...
a. Una tortuga con dos cabezas y patas de acordeón.
b. Un acordeón con pegatinas de tortuga.
c. Un acordeón con dos cabezas

18. Al niño se le olvidó preguntar a su vecina...
a. A qué colegio iba.
b. Cómo se llamaba
c. Como se llamaba su mamá

19. El autor del libro se llama:
a. Mauricio Flores
b. Mario Carvajal
c. Mauricio Paredes

20. ¿Quién es el personaje principal del cuento?
a. El niño
b. La niña
c. Los padres

21. El niño se consideraba:
a. Adorable
b. Antipático
c. Taimado

22. Podemos decir que la niña es :
a. Buena y solitaria
b. Enojona y solitaria
d. Vanidosa y taimada

23. Los personajes del cuento son:
a. El niño y su mamá
b. El niño, la niña y las madres
c. El niño, la niña, los padres, los amigos imaginarios y los monstros de la noche.

24 ¿Qué hacía el niño los fines de semana?
a. Jugaba en su pieza o se subía a su árbol.
b. Jugaba con sus vecinos.
c. Paseaba con sus padres

25. ¿Qué hacía el niño en el árbol?
a. Sacaba las manzanas para hacer jugo.
b. Ensayaba sus discursos de agradecimiento.
c. Jugaba con su amigo imaginario

26. Los amigos imaginarios del niño y la niña…
a. Se quedaron viviendo con ellos
b. Desaparecieron de sus mentes
c. Se fueron de viaje en avión

27 ¿Para qué les servían los amigos imaginarios a la niña?
a. Para defender de los monstros de la noche.
b. Para contar un cuento antes de dormir
c. Para ayudar en las tareas

28.Después de leer este cuento podemos decir que:
a. Los niños eran muy peleadores
b. El niño era vanidoso y egoísta
c. Ambos niños se ayudaron y fueron grandes amigos

RESPONDE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS

a. ¿Por qué el niño no se sentía solo?
....
....
....

b. ¿Qué sucedió al final de la historia con los dos niños?
....
....

c. ¿Para qué crees tú que sirve tener amigos? Nombra 2 razones
1)...
2)..

4. Pinta las cosas que realizaron juntos la niña con el niño

Jugaron fútbol	Almorzaron	Subieron y bajaron el árbol
Jugaron con sus juguetes	Salieron a caminar	Hicieron tareas
Anduvieron en bici	Jugaron ping pong	Hicieron un álbum de fotos
Escribieron cartas	Tomaron té	Recortaron dibujos

5. Encierra en un círculo las características del amigo imaginario inventado por el niño.

Mide 2 metros   es morado   es verde
gordo   flaco

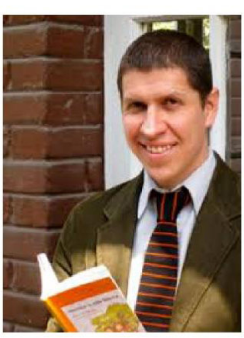
Tiene barba   tiene bigotes   tiene 20 años

tiene 100 años   se achica   se enrolla

VERDADERO O FALSO

1. _____ Yo, era un niño travieso y muy simpático y se quería mucho.
2. _____ Yo, era muy feliz ya que siempre estaba acompañado de su hermanito menor.
3. _____ Para que sus papás estuvieran tranquilos, siempre se comía toda su comida y hacía sus tareas y era un niño muy feliz.
4. _____ El primero en conocerlo fue su papá, y estaba orgulloso de él.
5. _____ Como le encantaba el colegio siempre iba a colegios distintos para tener hartos amigos.
6. _____ Un día estaba en su jardín, y se encontró con un monstruos que lo miraba desde afuera.
7. _____ El niño pensaba que no era necesario tener amigos, ya que se tenía a sí mismo.
8. _____ Cuando la niña le preguntó por su amigo imaginario, él también dijo que tenía uno para no hacer sentir mal a la niña.
9. _____ La niña tenía amigo imaginario para que la cuidaran de los monstruos que salían en la noche.
10. _____ El amigo imaginario de la niña era muy raro, pero la ayudaba a sentirse protegida en la noche.

BIOGRAFÍA DE MAURICIO PAREDES



Mauricio nació en Santiago de Chile el viernes 3 de noviembre de 1972.

Estudió en la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde se tituló con distinción de Ingeniero Civil Eléctrico y calificación máxima en su tesis.

Ejerció su profesión hasta el año 2001, momento en que decidió seguir su vocación literaria. Posee libros publicados en Argentina, Chile, Colombia, El Salvador, España, México, Perú, Uruguay y Venezuela. Además de escribir, se dedica a la investigacióny difusión de la literatura infantil. Ha sido guionista de televisión, profesor universitario, colaborador del Ministerio de Educación y Presidente de la secciónchilena de la Corporación Internacional del Libro Infantil, IBBY. Realiza actividades con niños y charlas para especialistas, las cuales ya superan las 900 presentaciones.

Ha participado como jurado del Concurso Nacional de Novela del Ministerio de Cultura de Chile, del Concurso Barco de Vapor de Ediciones SM Chile y del Premio Casa de las Américas en Cuba. El año 2007 fue elegido uno de los 100 líderes jóvenes de Chile por el diario El Mercurio.

El año 2012 fue designado como Persona pública distinguida por su contribución a la literatura

Cuando niño le gustaba jugar, leer, reírse, dibujar, escribir, conversar, cantar y comer chocolate. Cuando grande también. En la universidad estudió Ingeniería Eléctrica, pero después se le pelaron los alambres e hizo cortocircuito. Entonces decidió ser escritor. A él le gusta que lo aplaudan, por eso ha hecho muchísimas presentaciones en diferentes pueblos, ciudades y países en las que se divierte junto a niños, papás y profesores. Les lee, conversan acerca de sus libros y también sobre cómo disfrutar la lectura cada día más. Su sueño es inventar libros toda su vida y que a una calle le pongan su nombre.

En Editorial Santillana - Lo que leo ha publicado:

· La cama mágica de Bartolo (2002),
· ¡Ay, cuánto me quiero! (2003),
· Verónica la niña biónica (2005),
· Los sueños mágicos de Bartolo (2006),
· El festín de Agustín (2006),
· Cómo domesticar a tus papás (2009),
· Bartolo y los enfermos mágicos (2011),
· Mi hermano gigante (2012),
· Bartolo y los cocodrilos mágicos (2013).
· ¡Ay, cuánto me vuelvo a querer! (2014),
· El cacletín de Agustín (2016).

Además escribió un libro de miedo para grandes, llamado Perverso (2008).

En Ediciones SM ha publicado:

· La familia Guácatela (2011),
· Tincuda, la comadrejita trompuda (2012),
· Don Macanudo (2014).

En Editorial Planeta ha publicado:

· (Matilde), la niña invisible (2015).

DESDE **6** AÑOS

¡Ay, cuánto me quiero!

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns

¡Ay, cuánto quiero este libro!
Porque es mío y de nadie más. Bueno, es cierto que tú puedes leerlo y hasta comprarlo, pero se trata de mí.
Sí... reconozco que hay más personajes: una niña tímida, un par de amigos imaginarios y varios monstruos de la noche; pero yo soy el protagonista, el centro de atención, el héroe.
Mi autor debería estar orgulloso porque justo se le ocurrió el cuento del mejor personaje que ha existido: yo.

www.mauricioparedes.com



ISBN 9789562399814

